

Domingo F. Sarmiento: la polisemia del homónimo

Valentina Lorenzelli
Universidad de la República

“Contamos historias porque, finalmente, las vidas humanas necesitan y merecen ser contadas” dice Paul Ricœur (Ricœur, 2004), pero ¿cuándo la vida pasa a ser historia y de cuántas maneras se puede contar? Está claro que estas preguntas no tienen única respuesta, sino que se multiplican en tanto y en cuanto se consideran las distintas variables contextuales que velan, o por lo menos influyen, en su solución. La vida de los hombres no pasa a *ser historia* de la misma forma en el siglo XIX que en el siglo XX, y menos aún en el XXI; el procedimiento cambia tanto como los objetivos y los fines por los cuales las historias de vida adquieren valor simbólico.

Esos relatos fueron un tema imprescindible en la vida y la concepción ideológica de Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888). De él o de los otros, amigos o enemigos, Sarmiento desarrolla a lo largo de toda su vida un continuo ejercicio de construcción y deconstrucción de vidas de papel, para lograr su pedestal. En el siglo XIX y su contexto, donde los libros faltan y más aún los discursos e ideas “autóctonas”, las minorías letradas trataron de llenar el enorme vacío material y simbólico para así pensarse, construirse y construir la nación. Si entendemos, al decir de Ernest Renan, que la nación es un conjunto de individuos que hacen un pacto y acuerdan olvidar ciertas cosas y recordar otras; en el siglo XIX latinoamericano la lengua y las letras forman parte central de ese proceso y los textos de Sarmiento así lo muestran, depositando ahí sus anhelos y expectativas mediante una operación ideológica que convierte a *la letra* en el medio más apto para amalgamar el carácter de un pueblo, proyectando así la eficacia social de la escritura.

Desde ahí se plantea la narración de una historia personal, encuadrada en los márgenes del utilitarismo y del valor didáctico. Las biografías, los relatos de vida se muestran para Sarmiento según sus propias palabras como *“la tela más adecuada para estampar las buenas ideas”* ya que es fundamental el papel rector que adquiere el biógrafo no solamente en lo que *dice* el texto sino también en cuanto a lo que el texto *hace*. Sarmiento plantea la biografía como un medio de producción de conocimiento,

por lo tanto hace una total y proyectada elección del material con el cual trabajar, calculando y organizando su conducta. De esta manera, la tensión central entre biografía y autobiografía se instala en el autor de *Facundo* (1845), ya que, como planea Sylvia Molloy, “*la autobiografía no es necesariamente un ejemplo de autoexpresión sino una biografía, un relato de vida, no del otro sino del yo*” (Molloy, 1996).

La historia de vida que me propongo analizar en este caso es la de Domingo Fidel Sarmiento (1845-1866). Su padre prepara la biografía como un monumento al hijo/héroe muerto en combate, pero conforme avanza la lectura y el análisis es posible notar que las categorías esbozadas desde el principio se fusionan, se cruzan y por momentos se bifurcan y tuercen, formando un complejo entramado. Ni los géneros ni los estilos ni los discursos ni las estrategias descriptivas que se desarrollan en *La vida de Dominguito* (1886), son únicas. Lo que sí es único es el nombre: Domingo F. Sarmiento. Algo tan simple, constitutivo e identificadorio como el nombre propio se constituye en el libro como un problema y a la vez como un recurso narrativo. Padre e hijo, biógrafo y biografiado, autor, narrador y personaje se confunden en un todo por momentos borroso y enredado.

Es necesario mencionar la existencia de unos apuntes de *La vida de Dominguito*, los mismos fueron escritos por su padre, estando aún en Estados Unidos, en 1867, apenas unos meses después de la batalla de Curupaity, donde su hijo murió (22 de setiembre de 1866). Éstas notas, (supuestamente) perdidas por Domingo Faustino Sarmiento, se dan a conocer parcialmente, después de su muerte, gracias a su nieto y albacea Augusto Belín Sarmiento. El tenor de estos primeros escritos dista mucho con su reescritura editada en 1886, ya que se puede apreciar el calor y la conmoción que da la cercanía cronológica con los acontecimientos narrados. El que usaré como fuente, el que el autor quiso publicar, tiene otro cariz: han pasado veinte años de la muerte de Dominguito, y el ex presidente de la República Argentina, anciano, en retirada, hace su última construcción, literaria y personal, personal y pública de su hijo y de él.

Volviendo al texto en cuestión, está claro que no es la primera vez que Domingo Faustino pivotea en los límites genéricos, jugando con la desfiguración entre biografía y autobiografía, sino que por el contrario, el autor ya ha puesto en práctica en varias ocasiones ese trenzado constructo, y hasta se podría decir que gran parte de su destacada

carrera letrada se basa en ese recurso (*Mi Defensa*, 1843; *Facundo*, 1845; *Recuerdos de Provincia*, 1850). Pero, en *La vida de Dominguito* (1886), ese mencionado juego se desarrolla en múltiples planos.

El meticuloso y polifónico cincelado que hace su padre de Domingo Fidel Sarmiento no tiene como único objetivo la perpetua evocación heroica de su hijo mártir, sino que también, lo que una vez más busca el autor es su cimentación, la pincelada final de ese cuadro ya vendido.

Claro que, en los cuarenta y tres años que separan a *Mi defensa* (primer obra confesamente autobiográfica), de *La vida de Dominguito*, la manera de plantarse frente a los relatos de vida no es siempre igual. Las estrategias de los usos de la memoria no pueden ser los mismos cuando la vida pública-letrada se da por inaugurada a cuando se acerca el final; la vida ha pasado y es imposible no dar cuenta de eso. Por esta razón, siendo el autor para 1886 ya un consagrado en la última etapa de su carrera, gozando de la gloria que él mismo montó laboriosamente, es evidente y reconocible la utilización que hace de su vida privada para el remate de su vida pública.

Me centraré en la profusa confusión nominal que existe entre padre e hijo, y en cómo el homónimo Domingo F. Sarmiento no es sólo una coincidencia de nombres, sino que a este irrefutable dato se le adhieren las vidas de ambos, que se coordinan, se reorganizan y se fusionan en un continuo juego de espejos, particularmente en el período que duró su relación filial más próxima. De esta forma pondré foco en los capítulos que Domingo Faustino narra, de primera mano, la vida con su hijo y más específicamente el tiempo de la niñez de Dominguito, ya que, como el mismo padre lo justifica en la primera página de la “Introducción”:

“Su primera infancia, hasta los diez años, fue la más fecunda para el cultivo de su inteligencia y su instrucción. Después se pervertía o se atrasaba en los colegios, y sólo yo tenía poder para traerlo al buen camino, porque solo conocía el resorte de su alma que era la gloria, la estimación y el aplauso” (Sarmiento, 2001).

En este fragmento inicial se puede ver, de manera esquemática, algo que será tendencia en los capítulos iniciales de *La vida de Dominguito* y que puede ser entendido como la polisemia de la homonimia. Es decir, las varias caras con que el autor muestra la igualdad entre padre e hijo. Nombres, fechas, anécdotas, apodos, expectativas,

ejemplos, educación, lecturas y juegos se entrecruzan constantemente entre la vida del padre y del hijo. Así, la confusión no radica únicamente en el nombre en común, que entrevera y por momentos hace confuso el texto, sino que leyendo la biografía del hijo, es posible encontrarse muchas veces con pasajes y anécdotas análogos a los que, seguramente, el público de la época supo leer en 1850, en la declarada autobiografía del autor *Recuerdos de provincia*.

Abriendo un paréntesis, es necesario aclarar que lo que se creía en la fecha de publicación del texto, y de lo que da cuenta la propia biografía, es que Domingo Fidel era hijo adoptivo de Sarmiento. Posteriormente, críticos e investigadores aseguran (entre ellos Enrique Anderson Imbert) que Dominguito era hijo de una relación extramatrimonial entre el escritor sanjuanino y la madre del niño (casada con el chileno Domingo Castro), siendo reconocido el pequeño una vez que Benita Martínez Pastoriza enviuda y se casa por segundas nupcias con Domingo Faustino.

Claro está que la similitud entre padres e hijos no es un territorio exclusivo de los Sarmientos, pero la genética (que como dije, en ese momento no estaba confesada), la educación y el azar bajo la mano maestra de Domingo Faustino hacen que, la historia de la infancia con que comienza el libro, narrada bajo la única voz/testigo de su padre, se transforme en un constructo perfecto, tan perfecto que podría ser uno. Como producto de una obra del padre, lo que el hijo hace, dice y piensa, por prolongación, puede serle atribuido a su progenitor.

Así, y a modo de ejemplo, el hecho de que el niño a los tres años y medio ya supiera escribir su apellido, es tanto gracias a su precocidad e inteligencia, como por el tutor y el método utilizado para su aprendizaje. Esto sin entrar a hacer una burda y pormenorizada lectura comparada con *Recuerdo de provincia*, en donde el biografiado hace alarde de su temprana y voraz lectura, gracias a las lecciones de su padre.¹

Teniendo este telón de fondo, no puede ser casual la casi total ausencia en el relato de la infancia de Benita Martínez Pastoriza de Sarmiento (1819-1890), madre de Dominguito. Participar y colaborar en la crianza, se puede leer en este caso, como compartir los resultados y los logros obtenidos, que, según la valoración tanto de su padre, como de sus amigos, en el caso de Dominguito fueron muchos en poco tiempo ya

¹ Recordemos que en 1845 Sarmiento publica *Método gradual de enseñar a leer el castellano*.

que a lo largo de todo el libro se hace un continuo alarde de la precoz y condensada madurez de la que ese niño/hombre hacia uso y abuso.

Los pronombres posesivos y la primera persona del singular abundan, no sólo en el somero párrafo antes citado, sino que en todos los capítulos que a la infancia se refiere. Ni madre, ni hermana, ni amigos cercanos; los que aparecen junto a Dominguito son solamente algunos personajes secundarios que ayudan a teñir de pintoresquismo las escenas narradas y realzan la importancia del niño, y su padre, como el principal partenaire del pequeño.

El niño escribe “Sarmiento” en un papelito y eso es guardado como un tesoro por la familia. El niño no escribe “Dominguito”, y menos aún “Fidel”, nombre que diferencia a padre e hijo. El segundo nombre del niño es casi borrado del relato, siendo mencionado sólo en contadas ocasiones tanto en vida como en muerte del joven. La aclaración es necesaria ya que da cuenta de un detalle para nada menor y es el de que en las leyendas de las trece coronas fúnebres, que el padre se toma el trabajo de reproducir, sólo en una aparece el nombre “Fidel” y es nada más y nada menos que en la de la Universidad de Buenos Aires, lugar que marca otra clara diferenciación entre padre e hijo, ahí donde muy a su pesar, Sarmiento padre nunca pudo llegar.

Domingo Fidel nació con su gloria, 1845: *Facundo* e hijo salen a la luz. El consabido pan bajo el brazo trajo Dominguito, pero la fecha no es un mero detalle ya que varios pasajes de la vida del niño están cotejados arbitrariamente con la cronología sarmientina. Su padre muestra una profusa determinación entre las victorias personales y la adquisición cognitiva del pequeño.

Dando prueba de esto, así es como concluye el autor el relato del precoz niño enseñando al coronel Paunero lecciones de geometría: “*La edad hace mucho para el caso y en éste está determinada. Nacido en 1845, el hecho ocurrió en 1851, pues es dos meses antes de la batalla de Caseros*” (Sarmiento, 2001). Los mismos lugares, las mismas lecturas, las mismas anécdotas siguen sucesivamente a lo largo del relato, hasta llegar a la paradójica y trágica continuidad de que Domingo Faustino Sarmiento nació con la patria en 1811, según su relato en *Recuerdos de provincia* y Domingo Fidel muere por la patria en la nefasta Guerra del Paraguay.

La confusión que produce los distintos aspectos de la homonimia, es continuamente capitalizada a lo largo del libro a favor del autor y de la construcción que él se propuso realizar del mártir de Curupaity. El anciano padre estuca los cimientos de su hijo (infancia), como supo hacer con los suyos. De este modo y gracias a la sesuda construcción de sí mismo, y ahora de su linaje, Domingo Faustino Sarmiento troca radicalmente la aludida reputación popular sanjuanina, “*heredada de padres a hijos*”, de “los Sarminatos” como una “*familia de embusteros*” (Sarmiento 2002). La mezcla y caos de nombres y de vidas entre padre e hijo, se muestra desde el comienzo como un aspecto narrativo provechoso para el lustre de lo que se podría entender como los “nuevos Sarmientos”.

Esta torsión familiar puede encontrar su reflejo en la conocida frase del capítulo “Mi educación” de la autobiografía del padre en la que expresa: “*a mi progenie me sucedo yo*”, ya que es él quien marca un mojón y reinicia un nuevo linaje. La biografía del hijo es, por largos pasajes, un reconocimiento de la labor del padre y así se presenta al pequeño Dominguito, como la muestra más perfecta de que su técnica es la óptima: se podría decir que Sarmiento había encontrado la receta para formar *grandes hombres*.

La importancia que se le da a la formación del niño es central: su proceso de escritura, de lectura, la importancia de los libros en la casa, la elocuencia que le da al pequeño el conocimiento de otras lenguas, son temas que no sólo hacen que la biografía moral del pequeño sea por momentos, abiertamente, el despliegue de un manual pedagógico sarmientino, sino que también congrega a padre e hijo en una misma experiencia iniciática.

Nada está librado al azar y la narrada infancia funciona como programa y a la vez como reflejo de un pasado que él mismo forjó. Sarmiento padre hace memoria y a su vez construye la memoria de su hijo: se evoca a sí mismo como padre, como hijo y como educador.

Los escritos del propio biografiado, las traducciones, las cartas, los recortes de periódicos, las leyendas de los arreglos mortuorios, el uso de la primera y tercera persona del narrador, los textos de otros encargados por el propio autor, forman una heterogeneidad discursiva que puede ser vista como soporte externo que avala y da crédito (queriéndolo o no) a lo dicho desde los primeros capítulos por el autor/padre/maestro/tutor/educacionista Sarmiento.

La vida de Dominguito es el relato de la existencia de un homeopático Sarmiento; pequeña y concentrada su vida puede ser leída como el proyecto de la continuidad. *“El taimado tenía siete años; pero esa es su educación: toma la vida como si fuera hombre, y si quieren burlarlo él se burlará del que lo intenté”* (Sarmiento, 2001). Este juicio expresado sobre el hijo, bien podría ser un pasaje de su autobiografía.

Lejos estamos de conocer con la lectura de esta biografía, a ese joven alegre y emprendedor del que dan cuenta sus amigos, así como saber de las confesas disputas entre el joven y su padre, y menos aún de saber que realmente hubiera sido de la vida de ese muchacho. Lo que quedó es el Dominguito que el padre quería tener, el niño que formó a su imagen y semejanza: escritor, traductor, periodista, estudiante, militar. El proyecto de continuidad quedó trunció, pero también eso jugó a su favor: el héroe de Curupaity, el joven mártir que da la vida por la patria. Eso no lo pudo hacer el padre, y sin sospecharlo lo hizo su hijo. La connotación del apellido Sarmiento en la Argentina decimonónica, fue muy diferente gracias a la existencia de Domingo Faustino, nadie sucedió su progeñie, pero tampoco eso fue tan necesario. Dedicó su vida a eso y así la historia de vida ya estaba merecida y conscientemente contada.

Fuentes

Sarmiento, Domingo Faustino. *Recuerdos de provincia*. Buenos Aires, Editorial Sol 90, 2002.

———. *Vida de Dominguito*. Buenos Aires, Proyecto Sarmiento, 2001.
[<http://www.proyectosarmiento.com.ar/trabajos.pdf/Vida%20de%20Dominguito%201886.pdf>]

Bibliografía

Anderson Imbert, Enrique. “Génesis del primer Dominguito”, en *El realismo mágico y otros ensayos*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1976.

Molloy, Silvia. Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica. México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1996.

Ricœur, Paul. *Tiempo y Narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. México D.F., Siglo XXI, 2004.

Rosa, Nicolás. “El linaje del oro”, en *El arte del olvido*. Buenos Aires, Punto Sur Editores, 1990.